

# Introducción

## EL FOLKLORE EN CANARIAS

Los estudios de folklore y de etnografía alcanzan, como es sabido, una imagen y un peso científico modernos a mediados del siglo XIX; sin embargo, en corrientes contrarias de pesnamiento; el folklore, en esferas románticas devotas del pasado; la etnografía, en los caminos que conducen a la revolución darwiniana.

En Inglaterra se sentía cómo se cuarteaban las bases de la sociedad tradicional a causa de los avances del industrialismo y de la filosofía utilitaria, y se temía la pérdida de bellas tradiciones conservadas hasta entonces. Ante esta situación, no fue extraño que un arqueólogo, William J. Thomas, propusiese (1846) al periódico londinense *The Atheneum* recoger la antigua literatura popular y publicarla bajo el nombre comprensivo de *Folklore*.

Por otra parte, en toda Europa, las exploraciones científicas, organizadas de modo cada vez más sistemático, habían proporcionado una visión bastante completa del mundo, tanto en el aspecto geográfico como en el etnográfico. En este último aspecto, faltaba, no obstante, el apoyo, por lo menos a título de hipótesis, de un principio general que permitiese una interpretación de conjunto de los hechos humanos. Y esta falta vino a remediarla Darwin con su idea de la evolución.

La bibliografía sobre las Islas Canarias cuenta desde los primeros momentos con abundantes datos de interés folklórico y de interés etnográfico. La correspondiente a la época a que ahora nos referimos, época de cristalización científica de ambas clases de estudios, no constituye una excepción y muestra la misma abundancia; sin embargo, se manifiesta claramente en ella una mayor atención por la etnografía que por el folklore.

Entre los numerosos libros de viajeros naturalistas y etnógrafos que prestaron atención a Canarias, uno sobresale como la obra más importante del copioso grupo: la *Histoire Naturelle des Iles Canaries*, por P. Barker-Webb y Sabin Berthelot, publicada en París, 1835-1850. El tomo primero contiene la *Etnografía y los Anales de la Conquista*, por Berthelot.

Los autores canarios no empezarán a dar muestras literarias de interés científico por la etnografía hasta las proximidades de 1880; pero desde mucho antes se hallan en estrecho contacto con la nueva ciencia. Uno de ellos, Gregorio Chil y Naranjo, doctor en Medicina por la Facultad de París, ostenta entre otros el siguiente título en la portada de sus *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*, tomo primero, Las Palmas, 1876: Correspondiente de la Sociedad Antropológica y Etnográfica de París; en la del tomo II, 1880, hace constar que ha sido Vice-Presidente del Congreso Universal de Ciencias Antropológicas de París, 1878. Y a tan elevados puestos no se llega en un dos por tres.

Del hervor científico que entonces agitaba los ambientes cultos de Gran Canaria, es buena muestra una significativa polémica en torno al darwinismo entre el Lcdo. Rafael Lorenzo García, autor de dos folletos —*Estudios filosóficos sobre la especificación de los seres y Estudios filosóficos sobre el origen y formación de los seres vivos* (1877)— y el canónigo lectoral don José Roca y Ponsa, que publica (1877-1878) dos libros para refutarlos. La polémica termina con la obra de Lorenzo García *Triunfo de las Ciencias* (1879).

Pero el acontecimiento etnográfico más importante que ocurre por entonces en las Islas fue la fundación de la sociedad El Museo Canario (1879) por un grupo de intelectuales de Las Palmas, en su mayoría médicos, encabezados por el Dr. Chil y Naranjo. La nueva sociedad tenía como principal propósito buscar una explicación al origen de los canarios prehispánicos y con este fin realizar las necesarias excavaciones. La etnografía se instalaba así digna y definitivamente en el Archipiélago.

El designio de sistematizar los estudios folklóricos prende también por aquellos mismos años en un médico canario: Juan Bethencourt Alfonso. En Sevilla, Antonio Machado y Alvarez, que no era médico, pero sí hijo de médico, de un médico positivista y darwinista, funda en 1881 una organización nacional que titula *El Folklore Español*. No pretende promover unos estudios folklóricos centralizados como la *Folklore Society*, fundada en 1878, sino organizados en centros regionales. Y para que procure fundar el *Folklore Canario* se dirige a Bethencourt Alfonso. Este ilustre médico tinerfeño, aunque más proclive a la etnografía que al folklore, redacta, publica y distribuye un *Cuestionario folklórico*, viaja por las islas para recoger materiales y da a la imprenta algunos de éstos, muy pocos. Pero no puede organizar un grupo, un equipo, el *Folklore Canario*; casi toda su labor, al parecer, fue personal.

Después, durante todo el siglo transcurrido hasta hoy, los estudios folklóricos en Canarias han corrido poco más o menos la misma suerte que en la Península; salvo en algunos folkloristas prestigiosos y en no pocos aficionados, han estado, sobre todo a nivel oficial, subordinados a los arqueológicos o a los filológicos.

De los primeros tiempos del folklore en Canarias, merecen anotarse, además de Bethencourt Alfonso, otros dos médicos: Victor Grau Bassas, catalán, conservador de El Museo Canario, y Domingo J. Navarro, presidente de esta misma sociedad, e igual que Lorenzo García y Chil y Naranjo, acusado de darwinismo desde más de un púlpito. Grau Bassas, a la par que realizaba excavaciones en busca de restos de los primitivos habitantes, observaba las costumbres de los que le rodeaban; fruto principal de estas observaciones es un interesantísimo libro, *Usos y costumbres de la población campesina de Gran Canaria (1885-1888)*, que ha permanecido inédito. Domingo José Navarro pronunció (28 - V - 1889) en la sociedad que presidía un discurso en el que pintó la pobre situación de Las Palmas a principio de siglo, como fondo sobre el cual destacasen mejor los méritos de los progresos urbanos y sociales logrados en los últimos tiempos. Y este discurso, convenientemente arreglado y completado, vino a dar los amenísimos e interesantes *Recuerdos de un noventón. Memorias de lo que fue la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria a principios del siglo y de los usos y costumbres de sus habitantes*. Las Palmas, 1895.

El nuevo siglo comienza con otro cuestionario: el elaborado y distribuido por la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid en 1901. En Canarias le tocó también a Bethencourt Alfonso repartirlo y contestarlo. Sus respuestas constituyen un tesoro de materiales de primera mano. Pero, igual que todas las demás que recibe el Ateneo, se archivan sin que se puedan publicar.

El primer cuarto de siglo no registra trabajos de verdadera intención folklórica, pero sí ricos en datos para estos estudios; literatura costumbrista: novelas, cuentos, "tipos canarios", "cosas de la tierra"; entre sus autores destacan Luis y Agustín Millares Cubas, Francisco González Díaz, Isaac Viera... La investigación continuada, trabada, de las tradiciones populares ya no va a tardar.

La creación de la Universidad de La Laguna el 21 de septiembre de 1927 constituye el acontecimiento de más trascendencia cultural del siglo en Canarias. De modo inmediato, dos catedráticos, Angel Valbuena Prat y Elías Serra Ráfols, elevan a nivel universitario las investigaciones literarias e históricas de las Islas. Serra Ráfols, además, intenta hacer lo mismo con las folklóricas; catalán igual que Grau Bassas, siente como tal una viva querencia por las tradiciones y sabe cuanto provecho un historiador puede sacar de ellas. Pero no es sólo en la Universidad, con los trabajos que Serra encarga a sus alumnos, donde se desarrolla la curiosidad por los temas folklóricos; también en otras esferas. Cada día son más frecuentes los artículos sobre estos asuntos en las revistas y diarios: la "Revista de Historia", "El Museo Canario", "Hespérides", "La Prensa"... Se tiene la sensación de que la vida tradicional se va. Aparece un expresivo artículo del músico Juan Reyes Bartlet titulado **Responsorio de un baile popular antiguo**, sobre el baile corrido. Al favor del creciente interés por la cultura insular, se funda como anejo de la Universidad el Instituto de Estudios Canarios (1932). Y a su amparo, Serra Ráfols pone en circulación dos pequeñas encuestas folklóricas (sobre el nacimiento y sobre los medios de transporte) (1935). Mas sobreviene la guerra civil y todo, salvo las armas y la maldad, se paraliza.

Restablecida la paz, vuelven a aparecer, poco a poco, publicaciones folklóricas: primero, de 1940 en adelante, algunos folletos de la mediocre Biblioteca canaria; después, desde 1944, las publicaciones del Instituto de Estudios Canarios: la Biblioteca de Tradiciones Populares; el primer tomo del Anuario: **Tagoro**... Crece de nuevo en revistas y periódicos la marea de lo tradicional. Los folkloristas canarios extienden sus colaboraciones a revistas peninsulares —"Revista de Dialectología y Tradiciones populares", (1947)...— y del extranjero; y forman grupo importante entre ellos los que reparten su atención entre el folklore y la arqueología: Juan Alvarez Delgado, Luis Diego Cuscoy, Sebastián Jiménez Sánchez; sobresale por su orientación literaria y más abierta María Rosa Alonso.

Mas no se renuevan solamente las publicaciones; también las encuestas. Con el principal fin de restablecerlas, se crea en el curso académico de 1945-1946 el Seminario de Filología Románica en la Universidad. Su primera encuesta —de palabras y cosas— estuvo destinada a la isla de La Palma y la llevó a cabo el Prof. Juan Régulo Pérez; pero sus resultados, sobre todo los folklóricos, permanecen aún casi inéditos.

Durante los cursos de 1952-53 y 1953-54, Mercedes Morales y María Jesús López de Vergara realizaron una intensa y provechosa recogida de romances con la ayuda de una beca para postgraduados. Una labor hija de la constante perseverancia de don Ramón Menéndez Pidal, que ya en 1903 había escrito sobre los romances a Bethencourt Alfonso, y que ahora insiste a través de su nieto Diego Catalán, catedrático de la Universidad de La Laguna.

La atención de los folkloristas canarios se centra principalmente en las fiestas y sus elementos: romerías, cantos, bailes, música, luchas...; pero, aunque en menor medida, se fija también en diversos aspectos de la cultura material: indumentaria, alimentación, arquitectura rural...; en esta línea destacan por entonces un artículo de Serra Ráfols y Diego Cuscoy sobre los molinos de mano (1950) y varios de Serra Ráfols sobre los molinos de viento (1959).

Las actuaciones más sobresalientes de los años 60 fueron la realización de una encuesta etnográfica a escala regional y el mayor número de monografías científicas: la encuesta, paralela a otra lingüística, la llevó a cabo el Prof. Manuel Alvar por encargo de Serra Ráfols, director a la sazón del Instituto de Estudios Canarios; en 1969, el Atlas correspondiente se podía considerar terminado; de las monografías y colecciones folklóricas destacan por su valor: **La rueda en Gran Canaria** de José Miguel Alzola; **Calas en el romancero de Lanzarote**, de Sebastián Sosa Barroso; **La Flor de la Marañuela. Romancero general de las Islas Canarias**, por Diego Catalán y varias colaboradoras; **La folía histórica y la folía canaria** por Lothar Siemens; dos tesis doctorales, una sobre el gofio y otra sobre la quesadilla, que si bien realizadas desde un enfoque bromatológico, contienen elementos folklóricos y no pueden ser ignoradas por los folkloristas; algún estudio sobre la vivienda popular...

En los últimos años, este creciente de los estudios folklóricos ha continuado y ha adquirido una extensión y una solidez hasta ahora no conocidas en Canarias. No es posible examinarlo aquí con detenimiento porque requeriría un espacio mayor del conveniente en la presente ocasión. Bastará decir que forma parte de un fenómeno general en España, e intentar esclarecer su causa. ¿A qué se debe? ¿Por qué, después de casi un siglo de indiferencia, se publican ahora la obra de Grau Bassas y las respuestas a los cuestionarios de Bethencourt Alfonso y del Ateneo? ¿Por qué, tras tanta resistencia, se abre paso en las universidades a los estudios folklóricos y etnográficos? Como sucede siempre en todos los fenómenos sociales, la causa no es única; pero sí existe una principal: entre los españoles, la sensación de que la cultura tradicional se desvanece se ha acentuado de modo muy sensible en las últimas décadas. En los tiempos en que Machado y Alvarez propugnaba su recogida, la tradición española se mostraba aún exuberante. Por eso la convocatoria del ilustre folklorista tuvo un eco tan limitado. Ahora la situación es muy distinta. El campesino se trasplanta a la ciudad; el campo se mecaniza y urbaniza, nuevos modos de vida entierran a los antiguos. El folklore se vuelve arqueología. Y como sólo se suele apreciar lo que se tiene cuando se pierde, la sociedad española se ha sensibilizado, al fin, ante la desaparición —y destrucción— de las cosas que han sido entrañable expresión de su vida y de su obra hasta hace poco.

Por esto se fundan Museos de Artes y Tradiciones populares como el formado pieza a pieza por el entusiasmo inteligente de Guadalupe González-Hontoria; por esto se publican revistas como "Narria", alentada por el ardor juvenil de un grupo de profesores y alumnos universitarios y por esto un amplio abanico de corporaciones tutela y anima todas estas actividades. Las Islas Canarias, donde, según he tratado de demostrar, la curiosidad por el folklore ha seguido una trayectoria bastante paralela a la de la Península, no podían constituir una excepción.